

ECUADOR **Debate**

CONSEJO EDITORIAL

José Sánchez-Parga, Alberto Acosta, José Laso Ribadeneira, Simón Espinosa, Diego Cornejo Menacho, Manuel Chiriboga, Fredy Rivera, Jaime Borja Torres, Marco Romero.

DIRECTOR

Francisco Rhon Dávila
Director Ejecutivo CAAP

EDITOR

Fredy Rivera Vélez

ECUADOR DEBATE

Es una publicación periódica del **Centro Andino de Acción Popular CAAP**, que aparece tres veces al año. La información que se publica es canalizada por los miembros del Consejo Editorial. Las opiniones y comentarios expresados en nuestras páginas son de exclusiva responsabilidad de quien los suscribe y no, necesariamente, de ECUADOR DEBATE.

SUSCRIPCIONES

Valor anual, tres números:

EXTERIOR: US\$. 30

ECUADOR: US\$. 6

EJEMPLAR SUELTO: EXTERIOR US\$. 12

EJEMPLAR SUELTO: ECUADOR US\$. 2

ECUADOR DEBATE

Apartado Aéreo 17-15-173 B, Quito - Ecuador

Fax: (593-2) 568452

e-mail: Caap1@Caap.org.ec

Redacción: Diego Martín de Utreras 733 y Selva Alegre, Quito.

Se autoriza la reproducción total y parcial de nuestra información, siempre y cuando se cite expresamente como fuente a ECUADOR DEBATE.

PORTADA

Magenta Diseño Gráfico

DIAGRAMACION

Martha Vinueza

IMPRESION

Albazul Offset



ISSN-1012-1498

ECUADOR DEBATE

52

Quito-Ecuador, abril del 2001

PRESENTACION / 3-5

COYUNTURA

Nacional: Dolarización: del vértigo devaluador a la pérdida de competitividad / 7-22

Wilma Salgado

Política: Economía política y economía moral: reflexiones en torno a un levantamiento / 23-34

Fernando Bustamante

Conflictividad socio-política: Noviembre 2000-Febrero 2001 / 35-44

Internacional: ¿Se aproxima una recesión global? / 45-54

Marco Romero Cevallos

TEMA CENTRAL

Construcciones Psicoanalíticas y síntomas de la cultura / 55-64

Antonio Aguirre Fuentes

Carencia de símbolo y lazo social: Menores infractores / 65-82

Marie-Astrid Dupret

¿Podríamos hablar de psicosis social? / 83-92

Marcel Czermak

La depresión, un malestar contemporáneo? / 93-98

Gino Alfredo Naranjo

Lo perverso en el discurso social y político / 99-106

Norma Alejandra (Marcia) Maluf

Silencio / 107-116

Alvaro Carrión

ENTREVISTA

Caducidad del Estado nacional, demandas étnicas y conflicto regional

Entrevista a Andrés Guerrero por Hernán Ibarra / 117-126

PUBLICACIONES RECIBIDAS / 127-134

DEBATE AGRARIO

Artesanía, competencia y la concertación de la expresión cultural en las comunidades andinas / 135-150

Rudi Colloredo

La percepción de la problemática ecológica y ética por los campesinos cocaleros en Bolivia / 151-162

H.C.F. Mansilla

ANALISIS

Reforma judicial y problemas de la justicia en el Ecuador / 163-178

Marco Navas Alvear

La objeción de conciencia al servicio militar: un apunte desde la perspectiva filosófica / 179-202

Manuel Lázaro Pulido

CRITICA BIBLIOGRAFICA

La reconstrucción neoliberal: Febres Cordero o la estatización del neoliberalismo en el Ecuador 1984-1988 / 203-210

César Montúfar; comentarios de Julio Echeverría

LA PERCEPCIÓN DE LA PROBLEMÁTICA ECOLÓGICA Y ÉTICA POR LOS CAMPESINOS COCALEROS EN BOLIVIA

(Sinópsis de una encuesta de opinión)

H. C. F. Mansilla*

Entre los campesinos cocaleros es bastante difundida la creencia de que el descarte de productos químicos, como los usados por muchos de ellos en la elaboración de la primera etapa de pasta básica de cocaína, no puede contaminar algo percibido como inmenso y hasta ilimitado, tal cual parece ser la naturaleza en el Chapare-Bolivia y posiblemente en zonas de otros países donde se produce esta situación

Mediante una encuesta de opinión pública, llevada a cabo entre julio y agosto de 1999 en los Yungas de La Paz y en el Chapare (Cochabamba), es posible reconstruir de manera más o menos fidedigna lo que piensan los campesinos productores de coca en torno a las consecuencias ecológicas y éticas de su quehacer

cotidiano¹. Se eligió ambas áreas por una razón elemental: en los Yungas de La Paz se concentran las plantaciones de coca de origen ancestral, cuyo producto final sirve al llamado consumo tradicional de la coca de parte de la población rural y minera boliviana, mientras que el Chapare de Cochabamba destina su producción de coca a la ela-

* Ph.D. en Ciencias Sociales. Profesor Universitario. Co-editor Revistas: Occidente de México; Laward Society, Alemania; Estudios Latinoamericanos de América Latina, Israel.

¹ El autor realizó una encuesta más amplia sobre esta misma temática a mediados de 1994 precisamente en las regiones mencionadas aquí. La primera encuesta, que contenía más preguntas de carácter claramente político, fue implementada por encargo de la institución boliviana SEAMCOS (*Sistema Educativo Antidrogas y de Movilización Social*), sin ningún condicionante ideológico o de cualquier otro tipo. Esta segunda etapa se cumplió por encargo de la Asociación Suiza de Estudios sobre América Latina (Berna), obviamente sin ninguna clase de condiciones. Los resultados de ambas encuestas son muy similares en lo referente al contenido de las respuestas y de las opiniones vertidas por los campesinos, posiblemente debido a que la distancia temporal entre ambas encuestas ha sido reducida y a que la situación general del campesinado cocalero boliviano no varió casi nada en tres años. El autor es el único responsable por la implementación y la interpretación de la encuesta, aunque ha tratado de ser muy parco a la hora de formular opiniones concluyentes en este breve ensayo.

boración de pasta básica de cocaína y cocaína más o menos refinada. Aunque no se trata de una encuesta *representativa* en sentido estricto, sino de una de índole *indicativa*, la encuesta permite elucidar con alguna seguridad las concepciones de los mismos campesinos acerca de la temática aquí tratada. Tanto en los Yungas como en el Chapare fueron interrogados *cien campesinos por zona*. Se les presentó un conjunto de unas veinte preguntas, pudiendo contestar a ellas de forma libre y no prefigurada, sin limitación de tiempo. Por un comprensible interés sociológico y politológico se reproducen textualmente algunas respuestas y comentarios de los campesinos encuestados; estos pasajes no pretenden ser representativos. La selección de los encuestados fue de carácter estrictamente aleatorio².

El valor de la encuesta debe ser tomado, como toda operación de este tipo, *cum grano salis*. Una gran parte de los encuestados contesta siempre de modo evasivo, tratando de enunciar lo que parecería corresponder a los designios del interrogador. Otro grupo trata de salir del paso lo más rápidamente posible, evitando respuestas comprometedoras sobre una temática claramente incómoda. Pero esto conforma el problema menor de toda encuesta. En todo caso es muy arduo llegar al núcleo de las motivaciones profundas de los interrogados, porque ellos mismos están en duda o experimentan móviles contra-

dictorios. Por otra parte, los encuestados tienden a respuestas convencionales (y posiblemente falsas) en torno a ciertos problemas, aunque se les interroga de la manera más indirecta y asutata. Por ejemplo todos los grupos involucrados - y, en el fondo, cualquier encuestado - contestan que se preocupan seriamente por preservar el medio ambiente, que les gusta el bosque incólume y que les da pena ver tierras erosionadas; sólo interrogados de forma más cuidadosa y hasta oblicua admiten que la preservación de la naturaleza les es indiferente y que primero está la supervivencia de ellos y de sus familiares.

Aunque carece de significación decisiva para este estudio, no es superfluo mencionar algunos datos generales sobre el origen geográfico y las causas de emigración a las zonas cocaleras. Mientras que en el Chapare sólo un 16% de los encuestados eran oriundos de la región (o de áreas aledañas), el 73% de los interrogados en los Yungas provenía de la misma región. (La migración interdepartamental entre La Paz y Cochabamba parece ser de escasa significación en el universo encuestado.) El Chapare constituye evidentemente una zona con alta movilidad geográfica: la mayoría de los encuestados abandonó su lugar de origen para probar suerte en tierras subtropicales. La causa principal para la emigración parece ser la falta de terrenos agrícolas adecuados para mantenerse a sí mismos y a sus familias

2 En esta sinopsis, que por razones de espacio renuncia a cuadros estadísticos, generalmente no se menciona el grado de abstención (no responde / no sabe), salvo en varios casos donde la abstención tiene una clara connotación de valor sociológico y politológico

(46% de las respuestas). El empobrecimiento de los suelos conforma otro de los móviles (31% de los encuestados). De todas maneras, estas cifras dan a entender que la inmensa mayoría de los encuestados son campesinos de origen o pertenecientes a familias del área rural; los ex-mineros constituyen un grupo importante, pero minoritario: 15%. Este dato es tanto más importante para los fines de este análisis cuanto los encuestados son mayoritariamente de proveniencia campesina (y aparentemente de larga data), y no mineros u otros desempleados que por ello podrían aducir ignorancia de los problemas medio-ambientales. La gravedad de la destrucción ecológica tiene entonces que ser vista con el trasfondo de grupos humanos consagrados a las labores agrícolas y compenetrados desde su infancia con el medio rural, es decir con gente que se percata de los riesgos ecológicos de su quehacer cotidiano -o que debería hacerlo-. El conocimiento previo de la zona de colonización no es ciertamente óptimo, pero tampoco es tan deficiente como para justificar *bona fide* un desconocimiento total de la problemática ecológica.

En cuanto a las formas primordiales de apertura y tratamiento del terreno para su cultivo es importante hacer notar el alto porcentaje (altísimo a nivel mundial) de corte y quema del manto vegetal (método de *slash-and-burn*) para iniciar las labores anuales de preparación del suelo y siembra (60%, sin grandes diferencias según la región, contra 21% sin quema y 19% de abstención). Este procedimiento, sometido internacionalmente a críticas cada día más severas,

es ligeramente más usual en el Chapare que en los Yungas; en esta última región, a causa de la escasez de suelos agrarios, es más corriente el desmontar en forma más espaciada y dedicarse más intensamente al cultivo de lo ya desmontado. La conformación topográfica y la ocupación casi exhaustiva de los suelos en los Yungas y en el Chapare permiten, por otra parte, sólo un avance anual muy moderado hacia el "trópico virgen". De todas maneras sorprende el uso tan dilatado de la quema de la cubierta vegetal y de los grandes árboles, puesto que el peligro de erosión es particularmente grave cuando se conjugan tres factores como ser una capa delgada de humus, una pendiente más o menos acentuada y un régimen pluvial generoso - que es precisamente lo habitual en las zonas cocaleras. Sorprende, entonces, la opinión muy difundida, expresada por un campesino del Chapare, oriundo de ahí mismo: "El chaqueado no perjudica en nada la producción, más bien nos protege cuando hay lluvias".

Aun en el caso de los Yungas, donde los modos tradicionales de hacer agricultura están arraigados desde tiempos inmemoriales y donde la cultivación de coca ha desarrollado técnicas más o menos adecuadas al paisaje y a la calidad de los suelos, sorprende el porcentaje excepcionalmente alto de campesinos que consideran su ocupación actual como una etapa transitoria que abandonarían inmediatamente si hubiese una alternativa real de cambio (40% de las respuestas); sólo el 17% de los mismos percibe sus tierras como substancialmente buenas y, por ende, dignas

de ser vistas como un empleo permanente (38% en el Chapare).

En ambos casos investigados, un porcentaje similar (alrededor del 40%) cree que sus parcelas son difíciles de trabajar, pero que el esfuerzo vale la pena. Aquí debe tenerse en cuenta que es muy problemático el averiguar el grado verdadero de apego a la ocupación o profesión ejercida en un momento dado: el encuestado tiende a responder dando hacia afuera la impresión de un afecto a la misma mayor que en la realidad. De todas maneras, los lazos emocionales con la tierra no parecen ser los más sólidos, sobre todo si observamos cómo los interrogados perciben el futuro de los propios hijos.

Una proporción muy reducida quisiera que los hijos prosiguieran con la profesión de agricultores, y aun en este caso bajo la precondition de una mejor educación (23% en el Chapare y únicamente 9% en los Yungas). 90 % de los encuestados en los Yungas y 69% en el Chapare expresaron enfáticamente su anhelo de que los hijos tengan una ocupación *totalmente diferente a la de campesino* y que adquieran una educación o formación vocacional substancialmente más sólida. Es representativo lo dicho por un campesino del Chapare (proveniente de los valles cochabambinos):

"Por mí yo quisiera que en mí acabe lo de ser agricultor. A mis hijos como sea yo tendré que hacer estudiar. Quiero que salgan del Chapare, y como padre tengo que esforzarme hasta lo último porque yo ya he visto que la carrera del agricultor es una cosa pesada. Y si algu-

no de mis hijos quiere quedarse aquí, yo, cuando sean más grandecitos, les voy a decir cómo es la situación del agricultor; viendo eso ellos se van a poner a pensar".

Es probable, entonces, que los agricultores, así sea de forma subconsciente, no se preocupan demasiado por el destino de sus tierras a largo plazo, es decir tomando en cuenta varias generaciones, que es lo corriente en otros lugares del planeta. Este enunciado debe ser, empero, relativizado por el notable esfuerzo que hacen los encuestados por ahorrar (y parcialmente por construir una casa), pese a sus ingresos relativamente bajos y a su escasa disponibilidad de tiempo.

En cuanto a la percepción propiamente dicha de problemas medio-ambientales se puede aseverar que las opiniones manifestadas por los interrogados reflejan sólo una cara de la problemática. En el texto completo de las entrevistas aparece a menudo la afirmación de que los encuestados sienten pena al ver laderas peladas, restos de árboles quemados, terrenos baldíos estropeados por la erosión y una larga serie de imágenes de este tipo. Pensaron probablemente que esta era la respuesta adecuada que el encuestador quería escuchar. Al ser preguntados directamente si había algún problema de erosión o de superficies estropeadas en la región (causadas por la mano del hombre), un porcentaje muy alto en el Chapare (62%) contestó que no había ningún signo de destrucción ecológica de este tipo o que el problema era "poco grave" (14% en el Chapare y 43% en los Yun-

gas). Esta opinión contrasta con la realidad palpable en la región. Sobre todo en el Chapare una porción exigua de los entrevistados (1% contra 16% en los Yungas) está dispuesta a admitir que existen efectivamente problemas graves de superficies erosionadas por las labores agrícolas y, en general, por la "apertura" de las tierras tropicales y subtropicales a las actividades económicas.

Esta actitud de no querer percibir algo reconocido por otros grupos sociales, incluyendo sus propios dirigentes y representantes gremiales, tiene que ver con las concepciones colectivas de feracidad y fertilidad que normalmente están asociadas al trópico y al bosque frondoso. Relativamente pocos colonizadores del Chapare y zonas similares están dispuestos a admitir que las tierras tropicales no son tan ricas como se habían imaginado al llegar a su nuevo destino; la buena calidad de las primeras cosechas y la relativa abundancia de tierras vírgenes los induce a inferir que la potencialidad agrícola del trópico es casi inagotable. Como aseveró un colonizador del Chapare proveniente de Capinota (Cochabamba): "La capa de tierra buena debe ser tan profunda como altas son las copas de los árboles".

Preguntados directamente si la selva virgen y los grandes árboles pueden ser considerados como obstáculos o, por lo menos, como impedimentos para el "progreso" [material], es decir para la construcción de carreteras, escuelas e infraestructura en general y para las labores agrícolas, 54% de los encuestados

(tanto en el Chapare como en los Yungas) contestó que así era efectivamente. 43% de los interrogados en los Yungas respondió, por el contrario, que los bosques y los grandes árboles son útiles porque protegen la tierra de la erosión y que, por consiguiente, deberían ser conservados. Únicamente el 15% del muestreo en el Chapare comparte esta opinión. La cantidad de los que no sabían o no querían contestar esta pregunta en el Chapare es significativamente alta (31%), mientras que el mismo porcentaje en los Yungas es muy reducido (3%). Provisoriamente se puede inferir que los campesinos de los Yungas han desplegado a lo largo del tiempo una protoconsciencia más avanzada de la necesidad de respetar, así sea muy parcialmente, las arboledas porque éstas contribuyen a evitar o a aminorar la erosión de los suelos, consciencia que es deplorablemente limitada entre los agricultores del Chapare.

Esta actitud poco favorable hacia principios conservacionistas y ecologistas queda patente en el comportamiento frente al desmonte mediante corte y quema (chaqueo), que es una de las actividades centrales de toda actividad agrícola en las áreas investigadas. Se trata de un procedimiento aceptado de manera general, como algo obvio para lo cual no hay aparentemente ningún otro método alternativo. 24% de los encuestados en los Yungas (contra un 0% en el Chapare!) dice practicar un respeto liminar a la cubierta vegetal (lo que equivaldría a tomar en serio en la praxis los ya mencionados principios ecologis-

tas³). 38% de los encuestados en el Chapare y 36% en los Yungas afirmaron "respetar" algunos árboles durante el chaqueo; hay que señalar, empero, que se trata de un respeto muy relativo, pues se preservan aquellos árboles (como palo maría, laurel y almendrillo) que representan una utilidad muy "tangibile" en el futuro: pueden ser vendidos a causa de su madera. Es decir: se difiere la tala de estos árboles por un tiempo hasta encontrar un mercado para ellos. 54% de los encuestados en el Chapare (contra sólo 38% en los Yungas) afirmó que hay que cortar todo árbol grande, pues bajo su sombra la producción agrícola sería muy baja o nula.

En las entrevistas con la gente del Chapare abunda la afirmación de que "tumban un árbol por día" en la época de desmonte; "aunque a veces nos da pena tumbar tanto árbol, si no lo hacemos, la producción mala resulta". Se trata evidentemente de un ritmo bastante elevado de tala del bosque, cuya utilidad es controvertida en extremo. El aprovechamiento de los árboles talados es bastante reducido; 21% de los encuestados en el Chapare (contra 18% en los Yungas) reconoce que los troncos talados se pudren sobre la tierra sin el más remoto uso ulterior. 33% de los interrogados en el Chapare (28% en los Yungas) admite que guarda los troncos para utilización en el propio terreno, sobre todo para la construcción de vivienda;

es probable que una buena parte de esta madera se pudra sin llegar jamás a ser empleada racionalmente. En todo caso es sintomáticamente elevado el porcentaje de encuestados que no quieren o no pueden responder a la pregunta sobre la utilización de los árboles talados: 46% en el Chapare y nada menos que 54% en los Yungas.

Igualmente alarmante es la abstención de los campesinos coccaleros en contestar preguntas referentes a la preservación (o no) de métodos tradicionales de cultivo. En la época prehispánica todas las civilizaciones de la región andina (especialmente allí donde no habían tierras planas disponibles para su cultivo), preferían un modo de preparar los terrenos que ahora llamaríamos ecologista: los surcos seguían las curvas de nivel en las laderas de montaña. En los diferentes pisos ecológicos de cada comunidad, incluidos obviamente los subtropicales, se empleaba el mismo sistema, que requiere de una mano de obra intensiva y de construcción de andenes, bancales y parapetos de piedra y de otras obras menores de contención de tierras. La productividad de este complejo sistema se manifiesta recién en el largo plazo: así se evita la rápida erosión de los suelos en pendientes, sobre todos en áreas de régimen pluvial intenso. La falta de resultados inmediatos y la necesaria inversión de trabajo planificado colectivamente han conducido a que

3 Al interrogar a los campesinos los encuestadores les explicaron de manera más o menos clara lo que podrían significar principios conservacionistas y ecologistas en las labores agrícolas y en la relación de los afectados con el bosque tropical, mencionando, por ejemplo, las prácticas de los habitantes aborígenes de la selva amazónica.

este procedimiento se halle hoy en día en franca decadencia en todo el país - a pesar de declaraciones opuestas de quienes idealizan las comunidades indígenas actuales, celebrando las virtudes de un sistema que se encuentra en claro retroceso. 46% de los encuestados en el Chapare y 41% en los Yungas declararon no conocer el tema o se negaron a responder; 23% en el Chapare (contra sólo 4% en los Yungas) declararon que preparan el terreno siguiendo las curvas de nivel. Pero lo alarmante es que 31% en el Chapare y 55% de los encuestados en los Yungas declararon abiertamente que trabajan sus terrenos sin preocuparse de los desniveles.

Corresponde a otro tema el record de abstención (es decir: negativa a responder al encuestador) y es relativamente comprensible por su temática. La pregunta se refiere a los efectos ecológicamente nocivos que pueden o deben atribuirse a ciertos productos químicos utilizados para elaborar la pasta básica de cocaína. Sólo el 23% de los encuestados en el Chapare (contra 17% en los Yungas) dijo conocer las consecuencias dañinas de los *precursores*, por ejemplo en la contaminación de aguas y suelos y en la depredación de la fauna de ríos y lagunas, especialmente de animales pequeños que sirven de alimento a otros. Los interrogados se apresuraron a negar toda ingerencia propia en la polución ambiental ocasionada por los *precursores*. Toda destrucción ecológica de este tipo se debería exclusivamente al empleo de *precursores* por los narcotraficantes. 77 % de los encuestados en el Chapare y 83% en los Yungas declararon que no sabían nada acerca de los

precursores y menos en torno a efectos nocivos de los mismos. Aquí hay que diferenciar entre la táctica de no contestar para evitar cualquier cuestión medianamente controvertida y la simple ingenuidad con respecto a los problemas de contaminación ambiental. Entre los campesinos cocaleros es bastante difundida la creencia de que el descarte de productos químicos - como los usados por muchos de ellos en la elaboración de la primera etapa de pasta básica de cocaína - no puede contaminar algo percibido como inmenso y hasta ilimitado, tal cual parece ser la naturaleza en el Chapare. Es bastante popular la opinión expresada por un colonizador del Chapare proveniente de Titora (Cochabamba):

"No creo que los precursores dañen los ríos y lagunas. Hay tanta agua que debe lavar todo. Además de los precursores poquito es lo que se bota al río. Viene una lluvia y en un rato lo lava todito y no queda ni rastro".

(Es importante señalar el hecho de que estos índices altos en la negativa a responder no fueron lo corriente de la encuesta; con respecto a otras cuestiones, en las que se tocan intereses vitales de los campesinos - la percepción de los programas de desarrollo alternativo, por ejemplo- , la tasa de abstención fue simplemente cero. Como todo grupo humano, los campesinos cocaleros siguen una estrategia de minimización de riesgos: eluden toda pregunta que podría traerles problemas, por más hipotéticos que estos sean.)

Uno de los puntos centrales de la encuesta trató de esclarecer un proble-

ma de creencias o, más propiamente, de ideologías colectivas. Se trataba de saber si la *ideología* de la coca *en cuanto planta sagrada y tradicional* es considerada *como tal* por los campesinos, es decir como una *estrategia* razonable de los sindicatos, de los representantes gremiales del agro y de los mismos campesinos para que las fuerzas represivas, las agencias gubernamentales nacionales y extranjeras y el resto de la población dejen en paz a los cocales, pues su actividad tendría entonces el nimbo de lo santificado por la tradición, la historia y las creencias religiosas. Se confrontó a los encuestados - en un lenguaje simple y a la vez indirecto - con una respuesta que afirmaba el carácter de (mera) estrategia ideológica, opción que se rechazada enfática y obstinadamente (0 % de los interrogados en el Chapare y 9% en los Yungas apoyaron esta posibilidad). Una porción bastante pequeña se decidió por una respuesta más cercana a la racionalidad socio-cultural (es una opción que cuenta con una notable preferencia en los medios sindicales y en los políticos de la izquierda): la coca es ante todo un *factor cultural*, parte indispensable del modo cotidiano de vida debido a sus usos medicinales, rituales (por ejemplo: sociabilidad) o simplemente consuetudinarios (14% de preferencia en el Chapare y 31% en los Yungas). Lo asombroso es, empero, el altísimo porcentaje de encuestados que insisten en creer que la coca y su cultivo son sagrados en genuino sentido religioso y santificados (purificados de lo meramente profano) por pertenecer a la más noble tradición de los antepasados: 84% en el Chapare y 52% en los Yungas. Es común entre este grupo de res-

puestas el enfatizar la multiplicidad de funciones atribuibles a la coca; en forma muy plástica expresó este sentimiento un colonizador oriundo del mismo Chapare:

“La coca es como tu padre y tu madre al mismo tiempo. La coca es lo primario [sic]. Sabe de tu necesidad, de tu hambre, estudio, vestimenta. Cuando te enfermas, la coca es la que te lleva al hospital. Sabe de todo: es como tu papá y mamá”.

Hay que remarcar aquí una notable diferencia entre los campesinos del Chapare y de los Yungas: es evidente que los primeros, dedicados a cultivar coca para fines profanos (producto final: cocaína), requieren de una *ideología exculpatoria*, mientras que los agricultores de los Yungas, que producen mayoritariamente para el consumo local tradicional, pueden manifestar opiniones más pluralistas.

Para elucidar, así sea parcialmente, el contexto ético alrededor del complejo coca / cocaína, pareció conveniente examinar la actitud de los agricultores frente al uso final al que está destinado el 90% de la producción de coca. La pregunta apuntaba a la existencia (o no) de consideraciones o reservas morales con respecto a la difusión masiva de cocaína y al posible daño detectable entre los consumidores de este producto. El porcentaje de aquéllos que se sienten de alguna manera preocupados o afectados es bastante reducido: 4% en el Chapare y 19% en los Yungas. Una proporción mucho más elevada de encuestados admitió saber que el producto final (la cocaína) causa daño a los consu-

midores, pero agregó que ésto cae dentro de la exclusiva responsabilidad de quienes son adictos a la droga (25% en el Chapare contra 37% en los Yungas). La respuesta mayoritaria (67% en el Chapare y 44% en los Yungas) fue declarar a la coca y a todo lo relacionado con ella como un "recurso natural" o una "medicina tradicional"; se trata entonces de un "producto sano" que no puede ocasionar perjuicios a nadie ni a nada. La producción, refinamiento, venta y exportación de un producto natural y sano no va obviamente en detrimento de nadie; por ello tampoco pueden haber sentimientos de preocupación moral por la propia actividad, puesto que todas sus etapas estarían enmarcadas dentro de lo "sano", "natural" y lo acostumbrado desde época inmemoriales. Es también notable el bajo índice de abstenciones al responder a esta pregunta: sólo 4% de los encuestados en el Chapare y 0% en los Yungas.

Como ya se mencionó, entre los campesinos cocaleros está muy expandida la tendencia de responsabilizar a los consumidores finales por todo lo negativo que pudiese significar el producto final de la coca. Vale la pena hacer una breve mención de los argumentos más comunes que emergen de las entrevistas. Uno de los campesinos afirmó que los consumidores de cocaína hacen mal uso de un "recurso natural sano" al no dedicarse primordialmente a consumir la coca bajo la forma de mates y acullico:

"Mal diríamos nosotros que nos preocupa que el gringo consuma la droga. No podríamos amparar al gringo, porque se envenena con algo que nosotros no he-

mos inventado, sino que es obra de ellos, como es el caso del cigarrillo, del whisky, de la marihuana y de otras drogas" (opinión de un agricultor del Chapare oriundo de la misma zona).

El otro argumento hace hincapié en el carácter de la coca como recurso económico natural, en la línea de la plata, el caucho y el estaño; primeramente estos recursos tenían una alta aceptación y ahora, por cuestiones de un mercado intransparente y caprichoso, los mismos son rechazados en los países del Norte. Por lo tanto, no ha lugar a consideraciones morales:

"El estaño primerito servía para todo, y ahora cuando ya se han llenado los almacenes o los buches, ahora le dicen 'maldito estaño' y esto está matando a nuestra gente. Es igualito con la coca. Recién ahora para perjudicarnos se han acordado que la coca es cocaína, pero nosotros nada tenemos que ver. Las fábricas y todo eso perjudicial de ellos es nomás" (agricultor del Chapare oriundo de Cochabamba).

Otro campesino, también proveniente de los valles cochabambinos, afirmó categóricamente: "Cada comunidad y cada habitante de este país está en el deber de defender la coca porque es un recurso natural. Habría que impulsar la industrialización de la coca, pero los intereses foráneos de los Estados Unidos lo impiden, como antes pasó con los minerales. Aquí no hay lugar para preocuparse por lo que pasa con el destino final de la coca. Nadita tenemos que ver. Como boliviano debo responder por la seguridad nacional y la soberanía [sic], y hoy es la defensa intransigente de la coca como nuestro principal

recurso natural". Las expresiones no requieren de comentario.

Otra porción de la encuesta estuvo dedicada a esclarecer la actitud de los campesinos cocaleros frente a los programas y medidas de *desarrollo alternativo*, puesto que estos programas pueden en un futuro próximo contener algún elemento condicionante de protección al medio ambiente. Como era de esperar, una muy baja proporción de interrogados está dispuesta a dejar el cultivo de la coca - sin recompensas monetarias - si se la convence realmente de las consecuencias negativas de este cultivo en los campos ético y ecológico (0 % en el Chapare y 26% en los Yungas). 18% de los encuestados en el Chapare y 26% en los Yungas no dejaría de cultivar la coca bajo ninguna circunstancia, ya que dicen considerar esta ocupación como algo sagrado y tradicional. 62% de los encuestados en el Chapare y 36% en los Yungas exhiben una posición pragmática ante este tema: dicen consagrarse al cultivo de la coca por ser el único producto que se vende actualmente. Afirman que si hubiese un mercado estable para otros productos (como el arroz, el plátano y la yuca), sembrarían mayormente estas especies y dejarían la coca.

Es interesante ilustrar estas posiciones con algunas expresiones de los propios campesinos. Un agricultor del Chapare proveniente de los valles cochabambinos manifiesta sus móviles de esta manera: "No hay más remedio que cultivar la coquita si quiero progresar. Para mis hijos que van a estudiar necesito una casa y un carro en Cochabam-

ba. Sin coca no hay manera. ¿Por qué los otros van a tener y yo no?". Por otra parte están aquellos campesinos que no tienen una actitud pragmática, sino una principista frente a la coca. Un agricultor oriundo del mismo Chapare afirmó: "Yo no dejaría de cultivar coca nunca. La coca es como mi papá y mi mamá. Si la dejo, sería como traicionarles. Nosotros no somos quienes para abandonar la coca, para eso tenemos nuestra tradición milenaria".

Otra pregunta elaboraba una disyuntiva hipotética - pero previsible - para tantee las actitudes de los campesinos en términos exclusivamente ecologistas. La cuestión planteada era si ellos dejarían de chaquear terrenos y plantar coca sin una indemnización del Estado (o de otras instituciones) por hectárea reconvertida a otro tipo de cultivos, teniendo en mente sólo una posible preservación de la naturaleza para las futuras generaciones. 1% de los encuestados en el Chapare y 20% en los Yungas apoyaron esta posibilidad. En cambio 91% en el Chapare y 35% en los Yungas la rechazaron tajantemente. El índice de abstención fue del 8% en el Chapare y 45% en los Yungas. A pesar de esto se puede colegir que los agricultores de los Yungas tienen opiniones más diferenciadas y abiertas sobre cuestiones de medio ambiente que aquellos del Chapare.

Lo mismo puede aseverarse en base a otra pregunta estrictamente ecológica. Se trataba de discernir la actitud de los agricultores con respecto a programas estatales específicos para la protección del medio ambiente y la creación de parques nacionales y otras áreas prote-

gidas y también frente a intentos como la instauración de una llamada línea roja en el Chapare que delimita posibles zonas de protección medio-ambiental. 61% de los encuestados en el Chapare y 19% en los Yungas rechazaron de plano estos programas (por ser desventajosos para los agricultores y un invento de los norteamericanos); 29% en el Chapare y 8% en los Yungas admitieron que estos programas pueden ser convenientes para los campesinos. Nuevamente el índice de abstención a responder fue muy elevado en los Yungas (73% contra 10% en el Chapare, probablemente por desconocimiento casi total de la problemática en los Yungas). Es representativa la opinión vertida por un agricultor del Chapare (proveniente de los valles cochabambinos): "Yo estoy de acuerdo con que se pongan los parques nacionales, pero que nos permitan nomás nuestro chaqueo y la coca dentro de ellos, porque no hacemos daño a los animalitos".

Esclarecer la actitud de los campesinos cocalleros con respecto a los programas de desarrollo alternativo, destinados, como se sabe, a reducir o eliminar los cocales en las zonas llamadas de cultivos excedentarios, es crucial en el contexto político boliviano del presente, porque todo plan de protección al medio ambiente en estas áreas tiene necesariamente que ver con la reducción o eliminación de los cocales en las regiones de cultivo excedentario. El interés de los campesinos por manifestarse con respecto a esta problemática fue enorme y clarísimo: el índice de abstención a responder fue 0% tanto en los

Yungas como en el Chapare. La *desconfianza* de los campesinos hacia los programas de desarrollo alternativo y hacia las instituciones que los tratan de implementar es *simplemente inmensa*: se sienten vilmente engañados por promesas altisonantes que no se han cumplido nunca (o sólo en una proporción ridículamente baja); el elemento humano encargado de la ejecución de tales proyectos goza de la reputación de *gente éticamente corrupta y técnicamente inepta* (77% de los encuestados en el Chapare y 57% en los Yungas). Los campesinos suponen - y la verdad no debe hallarse muy lejos de estas opiniones - que estos programas han servido mayoritariamente para crear o ampliar una burocracia citadina de índole francamente parasitaria. Un agricultor del Chapare, oriundo del Norte de Potosí, manifestó en forma más o menos representativa estos agravios recurrentes de los cocalleros, afirmando que "hemos sido engañados por toditos los gobiernos de turno, sin excepción alguna". Una opinión más moderada se puede resumir así: estos programas de sustitución son indiferentes a los campesinos, independientemente de éxitos o fracasos (15% en el Chapare y 18% en los Yungas), ya que los agricultores por las dudas prefieren mantenerse alejados de todo contacto con instituciones estatales, aun en el caso de que un posible acercamiento conlleve ventajas materiales. Una respuesta más abierta y menos dogmática ("Hay que esperar aún para ver y juzgar los resultados de los programas de sustitución") es compartida por 8% de los encuestados en el Chapare y por 25% en los Yungas. Aquí también se evidencia el

carácter más diferenciado y abierto de las respuestas provenientes de los Yungas.

El último grupo de preguntas estaba relacionado con asuntos público-políticos, lo que permite vislumbrar algo de las posiciones de ética social inherentes a los campesinos cocaleros. Anticipando los resultados se puede calificar de *tibia* (y eso en el mejor de los casos) la actitud de los agricultores frente al sistema de la moderna democracia representativa que rige en Bolivia desde 1982 o, más específicamente, a partir de 1985. Es alarmante el índice de abstención a responder esta pregunta entre los encuestados del Chapare: 65 % (contra 10% en los Yungas). Únicamente el 6% de los interrogados en el Chapare y 17% en los Yungas manifestaron un decidido apoyo al modelo democrático actual; 14% de los encuestados en el Chapare y 27% en los Yungas declararon que la democracia actual les era indiferente y que preferían la articulación de sus intereses y la participación en asuntos públicos mediante el trabajo de los sindicatos. Finalmente 15% en el Chapare y 46 % de los encuestados en los Yungas declararon enfáticamente que la democracia representativa habría resultado francamente desventajosa y hasta negativa para los campesinos cocaleros.

Esta actitud de indiferencia o rechazo frente a las conquistas democráticas de los últimos años debe ser vista dentro del contexto secular de la relación Estado/campesinado que es el que mejor conocen los agricultores y del cual guardan recuerdos no demasiado agradables. Un colonizador del Chapare (oriundo de Capinota) declaró que "la actual democracia es nomás la continuación de lo que teníamos antes; será un gran paso para la gente de la ciudad, pero a nosotros nada bueno nos ha traído". Es una queja habitual el mencionar las continuas exacciones de que son objetos los campesinos en sus contactos con funcionarios estatales; si estos "contactos" se llevan a cabo con policías y miembros de las fuerzas de represión, el resultado es casi siempre una u otra forma de extorsión. Los agricultores reconocen que este sistema de *exacción [concusión] generalizada* no tiene móviles políticos ni tampoco la intención de reducir el monocultivo de la coca, sino simple y llanamente "el sacar plata" a un grupo social más débil y que no siempre puede defenderse de modo adecuado.

En casi todos los temas tratados se nota una actitud más diferenciada y moderada entre los campesinos de los Yungas, mientras que los del Chapare hacen gala de mayor intransigencia y dureza.